

LA VIRGEN DEL CARMEN; CAMINO DE CHILE

Mons. Juan Ignacio González Errázuriz*

Este pequeño ensayo tiene por única finalidad despertar en el lector el amor a la Madre de Dios, bajo la advocación del Carmen. No dice nada nuevo. Nos enseña un camino para llegar a Cristo. No es un trabajo erudito. Es una expresión del corazón que “mira a la estrella e invoca a María” (San Bernardo). Lo ofrezco a los lectores como homenaje a la Madre de Chile en el año de su Coronación como “Patrona principal de la nación”, Reina y Madre de Chile.

MARÍA DESDE EL INICIO

En la capital de Chile hay una Iglesia principal y en ella un altar, donde posada en manos de dos ángeles está la Virgen del Socorro que, desde 1541, vive entre nosotros. En una relación franciscana de 1584, se afirma que la pequeña imagen fue traída desde el Perú por los primeros españoles: *“traxeronla los españoles quando vinieron a poblar esta tierra*

desde el Pirú [...] trujeronla con veneración por el despoblado que ay entre el Pirú y esta tierra”. Este testimonio muestra que la imagen fue llevada como compañía y protección religiosa durante la peligrosa travesía del desierto. El Conquistador habría mandado construir una ermita en cumplimiento de un voto realizado antes de emprender la expedición. Silva Cotapos señala que Valdivia construyó una en el mismo solar que hoy ocupa el convento de San Francisco¹.

María es invocada como aquella que socorre, auxilia y acude en ayuda de sus hijos, siempre como intercesora ante Jesucristo. Teniendo en cuenta los relatos de Almagro acerca de la odisea de llegar por la cordillera hasta Copiapó y la vuelta por la costa hacia el Perú, es posible que Valdivia y sus compañeros hayan estimado necesario hacer mandas y promesas por el éxito del empeño y que ellas hayan tenido su destino en la Madre de Dios. Eyzaguirre presen-

ta a Pedro de Valdivia como un hombre de profunda formación cristiana y de una religiosidad sincera, aunque no exenta de las contradicciones propias de su época y de su vida personal. Esta visión aparece sobre todo en su obra *Ventura de Pedro de Valdivia* (1942), que sigue siendo el estudio biográfico más completo sobre el conquistador².

Sabemos que la advocación de Nuestra Señora del Socorro es anterior a la conquista de América. Alcanzó especial difusión en el ámbito de la Orden de San Agustín y se vincula con Palermo, Sicilia, a comienzos del siglo XIV. Traer a la Madre de Dios con ellos era la fe concreta de aquellos hombres: no emprendieron el camino sin colocar sus tra-

* Obispo de San Bernardo, Chile.

1 SILVA COTAPPOS, C. (1925). *Historia Eclesiástica de Chile*, 2. Imprenta San José: Santiago de Chile.

2 EYZAGUIRRE, J. *Ventura de Pedro de Valdivia*.

bajos y peligros bajo la mirada de María. Posteriormente, la naciente ciudad reconoció en ella a Nuestra Señora del Socorro, porque en sus horas de mayor necesidad acudió a ella y experimentó su protección maternal.

Antes que la Virgen del Carmen acompañara la vida de Chile, la Virgen del Socorro estuvo junto a la cuna misma de Santiago. Una acompañó el nacimiento de la ciudad; la otra, el nacimiento de la nación. En ambas, se manifiesta una misma convicción: los chilenos han querido caminar hacia Cristo bajo el amparo de su madre.

LA PRESENCIA DE LA VIRGEN DEL CARMEN EN LA HISTORIA DE CHILE

Con el transcurso de los años, la devoción mariana fue adquiriendo en Chile un rostro particular: el de **Nuestra Señora del Carmen**. En el Chile hispánico, independiente y moderno, su presencia ha sido constante. La devoción comenzó a extenderse principalmente gracias a la acción de las órdenes religiosas. Los padres agustinos, llegados a Chile a fines del siglo XVI, fueron importantes propagadores de esta advocación y del uso del escapulario.

Un momento especialmente significativo ocurrió el 15 de abril de 1643, cuando el gobernador Francisco López de Zúñiga, Marqués de Baides, junto con vecinos de Concepción, fundó la Hermandad de Nuestra Madre Santísima del Carmen, antecesora, de alguna forma a la Cofradía Nacional del Carmen, hasta hoy presente. Durante el siglo XVII, la espiritualidad carmelitana recibió un nuevo impulso con la llegada de las religiosas del Carmelo. Sus monasterios se transformaron

en verdaderos centros de oración por Chile. Desde la clausura, aquellas religiosas acompañaron las necesidades de la sociedad, rezaron por sus gobernantes, por las familias, por los enfermos y por la paz.

Así, antes de ser llamada Patrona de la República, la Virgen del Carmen ya había conquistado silenciosamente un lugar en el corazón de los chilenos. Su imagen entró en los hogares; su escapulario fue llevado por hombres y mujeres de todas las condiciones y su nombre comenzó a ser invocado ante los terremotos, las epidemias, las sequías, las guerras y las necesidades cotidianas.

LA VIRGEN EN EL NACIMIENTO DEL CHILE INDEPENDIENTE

Al iniciarse el proceso de la independencia, la devoción a la Virgen del Carmen ya formaba parte de la conciencia religiosa del pueblo. Por ello, los padres de la patria – especialmente Bernardo O’Higgins y José de San Martín– no dudaron en poner –como Valdivia en su tiempo– a la Virgen del Carmen como patrona de los empeños por la independencia: acudieron a aquella madre que sus antepasados ya conocían y veneraban.

San Martín puso al Ejército de los Andes bajo la protección de la Virgen del Carmen. Antes de cruzar la cordillera, hizo bendecir la bandera del ejército y la reconoció como Patrona y Generala jurada de sus tropas, el 5 de enero de 1817. Los soldados no marchaban solamente confiados en su preparación militar, sino también en la Providencia de Dios y en la intercesión de María. Después de la victoria de Chacabuco (12 de febrero de 1817), la lucha todavía no estaba resuelta. Ante la amenaza

de una nueva ofensiva del ejército español, las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, junto con el pueblo de Santiago, se reunieron el 14 de marzo de 1818 en la Catedral para implorar el auxilio divino. Allí se formuló el voto de levantar un templo a la Virgen del Carmen en el lugar donde se alcanzara la victoria definitiva. Tres semanas después, el 5 de abril de 1818, se libró la batalla de Maipú. La victoria aseguró la independencia de Chile. Bernardo O’Higgins reconoció el voto hecho a la Virgen y se empeñó en iniciar la promesa, como consta en el decreto de 7 de mayo de 1818. La Virgen era invocada no para apropiarse de ella en favor de una causa humana, sino para que condujera a la nueva nación hacia Cristo.

LA VIRGEN DEL CARMEN Y LOS PRIMEROS AÑOS DE LA REPÚBLICA

La devoción continuó presente durante la República. Los grandes servidores de Chile acudieron a ella en las horas decisivas. El general Manuel Bulnes, vencedor en la batalla de Yungay, atribuía a la Virgen del Carmen el auxilio recibido durante la Guerra a Muerte, en los finales de la independencia de Chile, en 1821. De él es la frase: «*no, monseñor, yo no fui quien ganó esa batalla, -las Vegas de Saldías- sino mi Señora del Carmen, quien me inspiró súbitamente una acción y un movimiento que por mí mismo no habría ejecutado*». La expresión manifiesta la humildad de un hombre que, en lugar de atribuirse el triunfo, reconocía una asistencia superior. La Virgen del Carmen fue convirtiéndose así en un punto de encuentro entre la fe popular, las fuerzas armadas y la

Antes que la Virgen del Carmen acompañara la vida de Chile, la Virgen del Socorro estuvo junto a la cuna misma de Santiago. Una acompañó el nacimiento de la ciudad; la otra, el nacimiento de la nación. En ambas, se manifiesta una misma convicción: los chilenos han querido caminar hacia Cristo bajo el amparo de su madre.

vida pública de la nación. Su presencia recordaba a quienes ejercían responsabilidades que la autoridad no es propiedad personal, sino servicio al bien común.

LA GUERRA DEL PACÍFICO

Durante la Guerra del Pacífico, la devoción a la Virgen del Carmen se hizo especialmente visible entre los soldados y marinos chilenos. Muchos llevaban el escapulario sobre el pecho como signo de confianza en la Madre de Dios y como recuerdo de su pertenencia a Cristo. Arturo Prat portaba el escapulario del Carmen durante el combate naval de Iquique. Después de su muerte, el almirante Grau lo devolvió a su viuda, doña Carmela Carvajal. El escapulario acompañó a Prat en el momento de su entrega suprema. No era un amuleto, sino el signo de

una vida puesta bajo el manto de María y, por medio de ella, en las manos de Dios³.

También el general Manuel Baquedano manifestó una particular devoción a la Virgen. Soldados, marinos, esposas y madres acudieron a ella durante aquellos años de dolor. María estuvo junto a los que partían, junto a quienes esperaban su regreso y junto a las familias que recibieron la noticia de la muerte de sus seres queridos. El testimonio más directo procede del presbítero Ruperto Marchant Pereira, capellán durante la Guerra del Pacífico. Años después de la campaña, Baquedano asistió a una conmemoración de la Batalla de Tacna. Al recibir alabanzas de parte del prelado, se desabotonó la casaca y le mostró una medalla de la Virgen del Carmen que llevaba pendiente del cuello, diciéndole: «aquí tiene, a la que debemos todos nuestros triunfos». El relato aparece

en la *Crónica de un capellán de la Guerra del Pacífico*. También consta en una oración fúnebre dedicada a Marchant Pereira, pronunciada en 1936, que describe la medalla colgada de una cadena sobre el pecho del general. Este gesto es especialmente revelador: no se trataba solamente de reconocer públicamente a la Patrona del Ejército, sino de llevar personalmente su medalla, incluso después de finalizada la campaña. Cuando Baquedano regresó a Chile en marzo de 1881, después de la campaña de Lima, concurrió ante la imagen de la Virgen del Carmen y

3 "Antes de salir y a pedido de algunas señoras de Valparaíso, toda la tripulación y los oficiales –incluido yo– recibimos el Escapulario del Carmen en cuya protección confiamos para que nos saque con bien de esta guerra". Carta del Capitán Arturo Prat C. a su tía, de 11 de mayo de 1879.

colocó en sus manos la espada victoriosa, en presencia de una gran multitud. El acto significaba que el general no se atribuía únicamente a sí mismo el triunfo, sino que lo reconocía como un beneficio recibido bajo la protección de la Madre de Dios. Era un gesto de profunda rai-gambre bíblica y cristiana: devolver a Dios —por medio de la Virgen— el honor de la victoria. También continuaba la tradición iniciada por San Martín y O'Higgins, quienes habían reconocido a Nuestra Señora del Carmen como Patrona y Generala de las armas chilenas.

Marchant Pereira relata, además, que Baquedano quiso que cuando fuera posible las operaciones militares, se iniciaran en día miércoles, aunque la batalla efectiva comenzará después. El miércoles era tradicionalmente honrado en Chile como día dedicado a la Virgen del Carmen. Según el relato, Baquedano consideraba que esta circunstancia fortalecía la confianza de los soldados y traía las ayudas del cielo por medio de la Madre de Dios. Este episodio expresa tanto la fe personal del general como la religiosidad colectiva del ejército chileno de la época.

LA DECLARACIÓN COMO PATRONA Y CORONACIÓN

Acogiendo la petición de los obispos chilenos, el papa Pío XI declaró a la Virgen del Carmen “Patrona *principal de toda la República*”, en 1923. Se reconocía oficialmente una realidad ya profundamente arraigada en la historia y en el alma de la nación. La declaración pontificia afirmaba que Chile tenía en María una particular abogada y protectora, que guía, intercede y también llama a sus hijos a vivir conforme al Evangelio.

El 19 de diciembre de 1926, una multitud se reunió en el Parque Cousiño, actual O'Higgins, para la coronación solemne de la Virgen del Carmen como Reina y Madre de Chile de manos del legado del Papa, con la presencia del nuncio apostólico Aloisi Masella. Un cálculo realista señala que se reunieron unas 300.000 personas. Era una multitud en una nación de 5 millones de habitantes y una capital de 500.000.

Según el Diario La Nación del Domingo 19 de diciembre, el programa que se seguiría era el siguiente. “A las 4 de la mañana. Misa y Comunión en el Templo del Salvador. A las 5 de la mañana, procesión desde El Salvador hasta la elipse del Parque Cousiño. Desde las 6 de la mañana, Misas de Comunión en la Elipse del Parque. A las 7.45 de la mañana, saliendo de la Iglesia de San Lázaro, mil niños vestidos de blanco llevarán las Coronas de la Virgen del Carmen y de su Niño. Encabezarán la columna los Granaderos de San Martín y la Banda de la Escuela de Talleres de San Vicente de Paúl. En la puerta de los torreones, los niños acogerán la llegada del señor Nuncio y de los señores obispos. Desde allí todos con sus comitivas, escoltados por las compañías de recepción, se dirigirán hasta el altar. A las 8.30 comenzará la Misa Pontifical del señor Legado Pontificio. La cantarán dos mil niños. A las 10, se organizará la procesión de regreso. A las 6 de la tarde, se canta el *Te Deum*, con predicación del señor presbítero don Aníbal Carvajal”⁴. El cañón del San Cristóbal retumbó al momento de la coronación y al mismo tiempo se echaron al voleo todas las campañas de las iglesias y conventos de la capital⁵.

La coronación recogía siglos de historia: la oración de los primeros

habitantes del Chile hispánico, la fe de las familias, el sacrificio de los patriotas, el voto de Maipú, el escapulario de los soldados y la devoción sencilla de innumerables chilenos. Reconoció públicamente su realeza maternal, que procede de su unión con Cristo: Chile la tenía por madre, quiere escuchar sus llamados y dejarse conducir por ella hacia Jesucristo.

EL TEMPLO VOTIVO DE MAIPÚ

El voto del 18 de marzo 1818, prometido por un grupo de católicos, presididos por Monseñor Ignacio Cienfuegos en la Catedral de Santiago, de levantar un templo en honor de la Virgen del Carmen en el lugar de la última batalla por la independencia, atravesó un largo proceso histórico hasta alcanzar su plena realización en el actual. El primer templo fue inaugurado en 1892 por el Arzobispo Mariano Casanova, buscando restañar las heridas de la Guerra Civil de 1891. El templo definitivo se inauguró en 1974. Su construcción y dedicación hicieron visible la gratitud de Chile por la independencia alcanzada. El templo es una oración construida en piedra. Recuerda que la libertad de Chile estuvo unida a una promesa y que una nación es verdaderamente libre cuando emplea esa libertad para procurar la justicia, la paz y el bien de todos. Es hoy un centro de peregrinación y uno de los grandes signos del agradecimiento nacional a la Virgen del Carmen.

LA VIRGEN EN LOS DOLORES DE CHILE

La presencia de la Virgen del Car-

men no se ha manifestado solamente en las victorias o celebraciones. Ella ha acompañado especialmente al pueblo en sus horas de sufrimiento. Chile es una tierra marcada por terremotos, maremotos, incendios, sequías, inundaciones y erupciones volcánicas. Después de cada desastre, la imagen de María del Carmen ha aparecido junto a los damnificados, en los albergues, en las iglesias dañadas y en las poblaciones que comienzan nuevamente a levantarse. La oración de monseñor Ramón Ángel Jara expresa esta confianza cuando pide a la Virgen: *«apartad de nuestras ciudades los terremotos, incendios y epidemias; alejad de nuestros mares las tormentas, y dad la abundancia a nuestros campos y montañas»*. Estas palabras muestran que la devoción chilena no es abstracta. Nace de una geografía y de una historia concretas. La Virgen es invocada en medio de las amenazas propias de nuestra tierra, como madre que permanece junto a sus hijos cuando todo parece derrumbarse.

LA PIEDAD MARIANA COMO EXPRESIÓN DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR

La presencia de la Virgen del Carmen no pertenece solamente a los grandes acontecimientos nacionales. Se encuentra también en los gestos sencillos de la vida cotidiana. Está en el escapulario que muchos llevan sobre su pecho; en el rosario rezado por una madre o una abuela; en las procesiones del 16 de julio o del último Domingo de Septiembre, Día de Oración por Chile, en los bailes religiosos; en las peregrinaciones; en el Mes de María; en las novenas e imágenes colocadas en

casas, escuelas, hospitales, caminos, cuarteles y barcos. A través de ellas, el pueblo manifiesta que María forma parte de su familia. Se la saluda, se le confían las necesidades, se le agradecen los favores y se le pide que conduzca a todos hacia Cristo. La devoción a la Virgen del Carmen es una de las más grandes expresiones de la piedad popular que existen en Chile. El papa Francisco, en su carta al Pueblo de Dios que peregrina en Chile, (31 de mayo 2018) afirmó que la pastoral popular es «uno de los pocos espacios donde el Pueblo de Dios es soberano» frente a la influencia del clericalismo⁶. En la piedad popular, el pueblo no es solamente destinatario de una acción organizada por otros. Es sujeto activo de la fe. Los fieles transmiten las oraciones, bailan, preparan las fiestas, cuidan las imágenes, organizan peregrinaciones, enseñan a sus hijos a rezar y acompañan a los enfermos y difuntos. La fe pasa así de padres a hijos, de abuelos a nietos, muchas veces sin programas elaborados. Es el pueblo quien conserva, celebra y comunica la fe recibida. María del Carmen se transforma en la gran catequista.

Cuando una madre enseña a su hijo a rezar ante una imagen de la Virgen, cuando una familia encomienda a sus difuntos, cuando una comunidad peregrina hacia un santuario o cuando un grupo de fieles organiza una novena, se está ejerciendo verdaderamente la dignidad sacerdotal recibida en el bautismo: se ofrece la vida a Dios, se intercede por los demás y se da testimonio de Cristo. El pastor es enviado a servir una fe que muchas veces lo precede y que ha sobrevivido gracias a la fidelidad silenciosa de familias, catequistas, rezadores, cantadores a lo divino, cuidadoras de capillas y

comunidades sencillas. Una manda, una vela encendida, una peregrinación o una imagen llevada en procesión pueden esconder una historia profunda de sufrimiento, gratitud, conversión o esperanza. La piedad popular distribuye tareas, despierta responsabilidades y crea vínculos entre familias y comunidades. Una fiesta patronal necesita personas que preparen el templo, organicen la procesión, visiten a los enfermos, canten, recen, adornen las calles y reciban a los peregrinos. En torno a una devoción nacen obras de caridad, cofradías, fraternidades y diversas formas de servicio. La peregrinación, además, enseña a caminar juntos. Nadie peregrina aislado. Van juntos el sacerdote y los fieles, los jóvenes y los ancianos, los sanos y los enfermos. La imagen venerada no pertenece a unos, sino a la comunidad, que reconoce en ella una memoria compartida de la presencia de Dios. Es el Pueblo santo de Dios, reunido por el Padre, vivificado por

4 Diario La Nación, Domingo 19 de diciembre de 1926.

5 Diario La Nación, Domingo 19 de diciembre de 1926.

6 "Quisiera hacer una breve referencia a la pastoral popular que se vive en muchas de vuestras comunidades ya que es un tesoro invaluable y auténtica escuela donde aprender a escuchar el corazón de nuestro pueblo y en el mismo acto el corazón de Dios. En mi experiencia como pastor aprendí a descubrir que la pastoral popular es uno de los pocos espacios donde el Pueblo de Dios es soberano de la influencia de ese clericalismo que busca siempre controlar y frenar la unción de Dios sobre su pueblo. Aprender de la piedad popular es aprender a entablar un nuevo tipo de relación, de escucha y de espiritualidad que exige mucho respeto y no se presta a lecturas rápidas y simplistas, pues la piedad popular «refleja una sed de Dios que solamente los pobres y los sencillos pueden conocer". Carta del papa Francisco al Pueblo de Chile, 31 de mayo de 2018, N°5.

Toda auténtica devoción mariana es necesariamente cristocéntrica, trinitaria y eclesial. La Virgen está presente en la vida de un pueblo porque continúa ejerciendo, dentro de la comunión de los santos y subordinadamente a Cristo, aquella maternidad espiritual que recibió del Señor al pie de la cruz.

el Espíritu y conducido hacia Cristo. El buen pastor no se coloca sobre ese pueblo como dueño, sino dentro de él como servidor, padre y testigo de la gracia, como hizo el Señor.

EL CARMELO Y LA SANTIDAD CHILENA

La presencia de María se ha manifestado también mediante la expansión de la familia carmelitana. Desde los monasterios fundados durante el período colonial hasta las comunidades contemporáneas, el Carmelo ha mantenido encendida una lámpara de oración por Chile. El fruto más luminoso de esta espiritualidad es Santa Teresa de Jesús de Los Andes. En ella, la Virgen del Carmen no aparece solamente como una imagen venerada, sino como una escuela de vida interior, pureza de corazón, alegría y entrega total a Jesucristo. La primera santa chilena fue carmelita. Este hecho posee un significado providencial: la Patrona de Chile mostró, en una joven chilena, el fruto más perfecto de su misión maternal. María no busca detener en sí misma la mirada de sus hijos; los forma para que pertenezcan enteramente a Cristo.

UNA PRESENCIA PARA VOLVER A CRISTO

El recorrido histórico descubre una continuidad admirable. En el Chi-

le hispánico, la Virgen arraigó en la fe del pueblo; en la Independencia, acompañó el nacimiento de la república; en las guerras y calamidades, consoló a los afligidos; en la vida moderna, continúa reuniendo a las familias y peregrinos bajo su manto. Recordar esta presencia es hacer renacer el amor a la Virgen y comprender que, al tener una misma madre, estamos llamados a reconocernos como hermanos de Jesucristo y entre nosotros. Por eso, la pregunta decisiva no es solamente qué lugar ha tenido la Virgen del Carmen en la historia de Chile, sino ¿qué lugar tiene hoy en nuestro corazón? Nuestros antepasados la honraron, le confiaron sus familias, llevaron su escapulario y acudieron a ella en las horas decisivas. A nosotros nos corresponde continuar ese camino. Chile debe volver a Cristo, porque solo Cristo revela plenamente al hombre su dignidad y su vocación. Pero este regreso lo realizaremos como lo hicieron nuestros mayores: de la mano de la María, bajo el manto de la Virgen del Carmen, Reina y Madre de Chile.

FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS Y MAGISTERIAL DE LA PRESENCIA DE LA VIRGEN DEL CARMEN EN CHILE

Descubrir la presencia de la Virgen del Carmen en la historia de Chile no significa sostener que María sustituya la acción providente de Dios, ni

atribuirle una misión independiente de Jesucristo. Toda auténtica devoción mariana es necesariamente cristocéntrica, trinitaria y eclesial. La Virgen está presente en la vida de un pueblo porque continúa ejerciendo, dentro de la comunión de los santos y subordinadamente a Cristo, aquella maternidad espiritual que recibió del Señor al pie de la cruz. Su presencia es maternal, intercesora, ejemplar y evangelizadora. Ella acompaña para conducirnos a Cristo, único salvador y mediador. Por eso el **primer fundamento** de toda devoción mariana se encuentra en el misterio de la Encarnación. San Pablo enseña que, llegada la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, «nacido de mujer» para que recibiéramos la adopción filial. María está, por tanto, en el centro del designio histórico de la salvación, no por una decisión humana, sino por elección gratuita de Dios.

El Concilio Vaticano II situó expresamente su enseñanza sobre María dentro de la doctrina sobre Cristo y la Iglesia. María no puede comprenderse separada de Jesucristo: todo lo que es, lo ha recibido de Él y para Él. Es Madre de Dios porque el Hijo nacido de ella es verdaderamente Dios; es bienaventurada porque creyó; es madre espiritual porque cooperó libremente con la obra de su hijo. Su acción maternal no consiste en apartar la mirada de Cristo, sino en abrir el corazón de los hombres para que reciban a Cristo. Por eso, cuando Chile honra a la Virgen

del Carmen, no se detiene en María como si ella fuera el término último de la fe. El verdadero sentido de la devoción consiste en repetir con ella: «hagan todo lo que Él les diga». María existe para Cristo, muestra a Cristo y conduce hacia Cristo. El Concilio enseña que, cuando María es rectamente anunciada y venerada, «atrae a los creyentes a su Hijo, a su sacrificio y al amor del Padre».

MARÍA, MADRE EN EL ORDEN DE LA GRACIA

El segundo fundamento es la maternidad espiritual de María. En el Calvario, Jesús dijo a su Madre: «mujer, ahí tienes a tu hijo»; y al discípulo: «ahí tienes a tu madre». La tradición de la Iglesia ha visto en el discípulo amado a todos los discípulos de Cristo. El Señor entrega su madre a la Iglesia y confía la Iglesia al cuidado maternal de María. El papa León XIV ha recordado recientemente que este relato del Calvario es fundamental para comprender el misterio de María como Madre de la Iglesia: Cristo mismo entrega a su Madre al discípulo y al discípulo le manda recibirla como madre. San Agustín explica que María «cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella cabeza»⁷. Se trata de una maternidad en el orden sobrenatural. María coopera para que Cristo nazca y crezca en las almas. El Vaticano II enseña que María cooperó de manera singular a la obra del Salvador mediante «la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad» y concluye: «por eso es nuestra madre en el orden de la gracia». Esta maternidad continúa después de su Asunción, pues María, mediante su intercesión, sigue obteniendo para

sus hijos los dones de la salvación. El mismo Concilio aclara que los títulos de *Abogada*, *Auxiliadora*, *Socorro* y *Mediadora* deben entenderse de tal modo que no quiten ni agreguen nada a la dignidad y eficacia de Cristo, único *Mediador*. Por tanto, cuando el pueblo chileno acude a la Virgen del Carmen en una guerra, un terremoto, una epidemia, una crisis social o una necesidad familiar, está pidiendo que María interceda ante su hijo. La eficacia proviene de Cristo; la súplica maternal pertenece a María.

MARÍA, TIPO Y MODELO DE LA IGLESIA

La presencia de María en un pueblo tiene también un fundamento eclesiológico. San Ambrosio enseñaba que María es tipo de la Iglesia en la fe, la caridad y la perfecta unión con Cristo. El Concilio Vaticano II recogió expresamente esta doctrina patristica. María representa aquello que toda la Iglesia está llamada a ser: *virgen*, porque guarda íntegramente la fe; *madre*, porque engendra nuevos hijos por la predicación y los sacramentos; *orante*, porque persevera con los discípulos esperando el Espíritu Santo; *servidora*, porque se pone prontamente en camino para ayudar a Isabel; *fiel*, porque permanece junto a la cruz; *llena de esperanza*, porque espera la victoria de su Hijo.

El papa León XIV ha señalado que en María se refleja el misterio de la Iglesia y que el Pueblo de Dios encuentra en ella «su origen, su modelo y su patria». María es el modelo de la fe humilde, de la caridad materna y de la fidelidad a la alianza. Por eso, la Virgen del Carmen no es solo una protectora externa de Chile. Es tam-

bién un modelo de la vocación que la Iglesia tiene dentro de su corazón. La Iglesia chilena debe aprender de María: a escuchar la Palabra de Dios; a permanecer fiel en medio de las dificultades; a acompañar el sufrimiento de su pueblo; a servir con prontitud; a reunir a los discípulos en la oración; a llevar a Cristo a todos los ambientes de la sociedad. La presencia de la Virgen debe producir una Iglesia más semejante a ella: *humilde, servicial, contemplativa, valiente y misionera*.

MARÍA ACOMPAÑA LA PEREGRINACIÓN DEL PUEBLO DE DIOS

La Iglesia no existe de manera abstracta. Se encarna en pueblos concretos, con una historia, una cultura, un territorio y unas expresiones propias de fe. El Evangelio, al ser recibido por un pueblo, penetra sus costumbres, símbolos, cantos, fiestas y formas de oración. Esta inculturación explica que una misma Madre sea venerada con distintos títulos en diferentes lugares: Guadalupe en México, Aparecida en Brasil, Luján en Argentina, Copacabana en Bolivia y el Carmen en Chile, etc. Las advocaciones no multiplican a María. Es siempre la misma y única Madre de Jesucristo. Pero cada advocación destaca un aspecto de su cercanía maternal y expresa la manera concreta en que un pueblo ha recibido y vivido la fe. Las procesiones, el escapulario, el rosario, las mandas, las peregrinaciones, los bailes religiosos y las imágenes familiares pueden convertirse en verdaderos medios de evangeliza-

7 SAN AGUSTÍN. De sancta virginitate, N°6.

ción y esperanza en la vida eterna. Sin embargo, esta piedad necesita ser siempre purificada y evangelizada para que no degenere en supersunción, sentimentalismo o simple costumbre social.

MARÍA, MADRE QUE GENERA LA UNIDAD

La presencia de la Virgen del Carmen en la historia de Chile posee también un significado para la unidad nacional. En medio de un mundo dividido, donde la violencia ha tomado un espacio y el temor hace dudar, la Madre cumple una misión unificadora. Así interpretaron algunos la estrella que adorna nuestra bandera. Es interesante comprobar que en la devoción a la Virgen del Carmen se unen «partos, medos y elamitas» (Hch 2, 9.11). María estaba en medio de los discípulos cuando esperaban la venida del Espíritu Santo. Ella no ocupa el lugar de Pedro ni de los apóstoles, pero permanece en el corazón de la comunidad, orando con ellos y por ellos. Su presencia es maternal y, por eso mismo, unificadora. Una madre recuerda a sus hijos que son hermanos. Hay entre ellos diferencias de edad, temperamento, pensamiento o responsabilidad, pero la maternidad común los llama a reconocerse mutuamente y a no destruirse. *La Virgen del Carmen es el signo de unidad para Chile, no porque elimine las legítimas diferencias políticas, sociales o culturales, sino porque recuerda que ninguna diferencia justifica el odio, la violencia, el desprecio o la negación de la dignidad del otro.* Esto permite afirmar que la dimensión nacional de la devoción mariana no debe convertirse jamás en nacionalismo excluyente. María no enfrenta a Chile con otros pueblos. Al contrario, enseña a amar

la propia patria dentro de la fraternidad universal de los hijos de Dios. La Patrona de Chile debe mover a los cristianos a trabajar por la reconciliación, la justicia, la paz y el bien común.

MARÍA Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN DE CHILE

La presencia de la Virgen del Carmen tiene una finalidad esencialmente misionera. María recibió a Cristo y lo llevó a Isabel. En la Visitación aparece como la primera misionera: lleva en su seno al Salvador y, con su saludo, comunica alegría y gracia. La Iglesia en Chile está llamada a hacer lo mismo: recibir a Cristo y llevarlo a los demás. El papa Francisco llamó a María «la estrella de la nueva evangelización». Ella acompaña a la Iglesia para que anuncie el Evangelio con humildad, ternura y valentía. El pueblo chileno no puede limitarse a conservar una imagen de la Virgen como recuerdo histórico. Debe permitir que María lo conduzca a un encuentro vivo con Jesucristo. *El verdadero fruto del año del centenario de su coronación debe ser: más fe; más oración; más participación sacramental; más vocaciones; más caridad; más compromiso con la familia; más preocupación por los pobres; más valentía para anunciar el Evangelio.*

EL ESCAPULARIO Y EL ROSARIO

Dos expresiones tradicionales de la devoción a la Virgen del Carmen son el escapulario y el rosario. El primero es signo de pertenencia a María y compromiso de vivir revestidos de Cristo. Expresa la voluntad de colocarse bajo la protección maternal de María y de imitar su pureza,

obediencia y fidelidad. El rosario es una oración profundamente cristológica. San Juan Pablo II lo llamó «compendio del Evangelio», porque permite contemplar con María los misterios de Cristo. Al rezar el rosario, el cristiano no se aleja de Jesús. Aprende a mirar a Jesús con los ojos y el corazón de su madre. *Promover estas devociones, especialmente entre los jóvenes y en las familias, no es volver a una religiosidad del pasado. Es ofrecer medios sencillos y sólidos para perseverar en la fe, contemplar el Evangelio y mantener la conciencia de la presencia de Dios en la vida cotidiana.*

MARÍA, CAMINO HACIA CRISTO

Toda la presencia de la Virgen del Carmen en Chile puede resumirse en una verdad fundamental: María está presente para llevarnos a Cristo. No es ella el centro último de la historia; el centro es Jesucristo. No es ella la fuente de la gracia; la fuente es Cristo muerto y resucitado. No es ella quien salva por poder propio; el único salvador es el Señor. Pero Jesucristo quiso venir al mundo por medio de María y quiso que ella permaneciera maternalmente junto a sus discípulos. La fórmula tradicional *Ad Iesum per Mariam* —a Jesús por María— expresa esta realidad. No significa que Cristo sea inaccesible sin María, sino que Dios ha querido darnos en ella un camino maternal, bíblico y eclesial para conocer, amar y seguir más fielmente a su hijo.